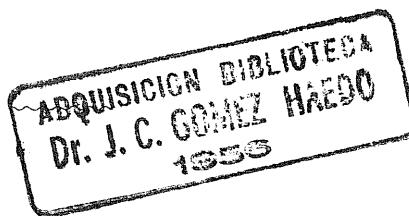


CORONA FUNEBRE

Á LA MEMORIA DEL DR. D.

JUAN CÁRLOS GOMEZ

† EL 25 DE MAYO DE 1884



BUENOS AIRES

Imprenta de LA NACION, San Martin 208

1884

Honrar la memoria de los muertos ilustres, es perpetuar el ejemplo de las virtudes cívicas.

El *Club del Progreso*—que ha podido apreciar durante una larga serie de años, los relevantes méritos del que fué Juan Carlos Gómez, ya en las luchas ardientes de la prensa, en la enseñanza tranquila de la Cátedra, en los debates agitados del Foro, ó en la conversacion amena de los salones, sosteniendo siempre con la fé inquebrantable del Apóstol y la galana forma del poéta, los principios que salvan la moral, la dignidad y libertad de los pueblos, se ha creido en el deber de asociarse á las manifestaciones de dolor que su muerte inesperada arrancó á los pueblos del Plata; y como complemento á ese justo homenage de-

bido á tan austero ciudadano, que fué uno de los fundadores de esta asociacion, y murió en el ejercicio de la Presidencia, ha dispuesto organizar esta *Corona Fúnebre* para que se conserven los discursos que los oradores Argentinos y Orientales pronunciaron al inhumarse sus restos, y los mas notables artículos de la prensa nacional y extranjera de esta Capital y de Montevideo.

Los compañeros del doctor Gomez quedarán satisfechos, si por este medio concurren á mantener vivo en las generaciones que se forman, el recuerdo de su nombre, y el ejemplo de su abnegacion, su carácter y su civismo.

Buenos Aires, Junio 1884.

DISCURSOS

PRONUNCIADOS AL INHUMAR LOS RESTOS

EL 27 DE MAYO DE 1884

EN BUENOS AIRES

GENERAL BARTOLOMÉ MITRE

SEÑORES:

EL doctor Juan Carlos Gómez fué un jornalero, que llenó su tarea en la vida amasando el pan diario que nutre los espíritus fuertes.

Perteneció á una generación varonil, que en sus días juveniles dió carácter á su época, y se labró su propio destino luchando contra las tiranías con la espada del combatiente, con la pluma del publicista, con la lira del poeta, con la palabra de sus oradores, que convirtieron en fuerzas sus pasiones generosas y crearon un ideal moral que vive y que le sobrevivirá. Y todo esto se condensó en los tipos de plomo de sus imprentas, que silbaron como balas durante la lucha y conservan todavía su recuerdo.

Pertenecia á la raza valerosa de los diaristas, para quienes es la palabra escrita una arma en el campo de la discusion ó de la polémica, y que avanzan á vanguardia de las columnas de combate despertando el entusiasmo consciente en los que marchan al sacrificio en pro de una creencia.

Por eso su oracion fúnebre debe ser hecha,—como ha sido hecha ya,—en el banco del trabajo á que vivió amarrado ese jornalero de la inteligencia, con los tipos de la prensa que sirvieron de vehículo á la irradacion de sus ideas luminosas; y por la múltiple voz del diarismo que dió repercusion á su palabra en vida, cuando lanzaba en alas del gran viento de la publicidad esas hojas fugaces, que solo duran un dia, cuyos estremecimientos se prolongan en el tiempo y que son como las olas del Occéano agitado, que se suceden, cambian de forma y solo duran un momento, pero que circulan constantemente en las corrientes de la vida impulsadas por fuerzas contínuas, como circulan las ideas perpétuas en el mundo moral.

Y por eso tambien su memoria debe ser honrada con los mismos instrumentos de que él se sirvió para trabajar por el bien, con las mismas armas á que él dió temple, con los mismos materiales á que él dió vida y movimiento con el soplo creador de la improvisacion de cada dia:—debe ser honrado con el mismo plomo con que él inscribió su nombre en las columnas monumentales del diarismo.

Cuando murió Horacio Greely, el gran diarista de Nueva York, que era á la vez en la prensa el tribuno de un gran partido, sus compatriotas tuvieron una de aquellas inspiraciones originales que solo brotan en la mente de los hombres libres cuando quieren honrar á sus benefactores con sus propios atributos: iniciaron el proyecto de erigir una estatua de plomo, fundida con tipos de todas las imprentas de la Union Americana, que condensase en forma humana, símbolo del pensa-

miento, la idea que se incorpora al más vil de los metales y lo hace valer más que el oro mismo.

Los bustos tallados en mármol ó fundidos en bronce, y aun en oro ó plata, pueden alcanzarlos todos, aun sin merecerlos; pero solo se modelan en el plomo de Gutenberg, vehículo del pensamiento, las cabezas inspiradas de los que, como Franklin, dan su carácter á un pueblo; de los que, como Girardin, consagran la vida al servicio de las ideas; de los que, como Florencio Varela, mueren mártires de sus creencias con la pluma del publicista en la mano; de los que, como Juan Carlos Gomez, han merecido bien de dos pueblos hermanos, que le honraron y amaron en la vida y en la muerte.

El homenage más digno que podria tributarse al doctor Juan Carlos Gomez como diarista, sería que cada imprenta del Rio de la Plata contribuyese con un puñado de tipos, para que arrojados en el crisol póstumo que todo lo purifica, se modelase con ellos su simpática efigie, que la posteridad saludaria con respeto, en honor de la arcilla humana que encerró el fuego sagrado que anima al plomo y dá calor á las almas.

Adios, Juan Carlos! Duerme en paz el sueño de los buenos, en brazos de dos pueblos hermanos, que te amaron en vida y que te lloran y te llorarán por siempre en la muerte!

GRAL. DOMINGO F. SARMIENTO

SEÑORES:

CUANDO nuestro país alcanza un grado de riqueza desconocido en la América latina, el dia que la locomotiva se detiene solo ante los espolones exteriores de los Andes mientras se le abre paso para escalarlos ; cuando los puertos están preñados de naves y las playas se ocultan bajo montañas de productos para ser exportados ; en fin, cuando la munificencia del Congreso es solicitada para premiar hasta los *errores* ! de nuestros hombres públicos, el doctor don Juan Carlos Gomez muere en la destitucion más absoluta, y en el abandono y el olvido como hombre público.

Que aquel hombre era digno de mejor suerte, pruebanlo los vapores requeridos para conducir de la opuesta orilla, á fin de honrar su memoria, á los ciudadanos orientales que representan el saber y los sentimientos elevados de aquella República, como están representados aquí de este lado del Rio los miembros del Club Liberal en cuanto á las ideas y del que era Presidente, como los socios del Club del Progreso que reune la riqueza, la elegancia y la juventud, porque tambien era su Presidente.

Tengo el honroso encargo de expresar el duelo de la prensa periódica entera por la pérdida del que fué

— 5 —

uno de sus luminares, y todavía quedan por cientos los ciudadanos, los clientes, los estudiantes y los extranjeros que han seguido el carro que conduce á su última morada los restos de Juan Carlos, como era la frase cariñosa con que todos le llamaban.

¿ Por qué tanto abandono cuando vivia, y tanto interés cuando es cadáver ya ?

Habíasele dado una cátedra como medios de vivir ; no hace un mes habíala pondonorosamente renunciado desde que se sintió enfermo ; y ya empezaban las ofensivas observaciones sobre el incidente, cuando se supo que había tomado la cama para morir.

El nombre de Juan Carlos Gomez como escritor, y escritor ameno, simpático y concienzudo á la vez, hace cuarenta años que venia resonando desde las costas del Pacífico, donde estuvo del lado de las ideas conservadoras, pues que sabia amalgamar la libertad y el Gobierno en un todo armónico. Hace pocos años que redactando *El Nacional*, se acercó un dia á su propietario para anunciarle que dejaba de alimentar sus columnas, desde que veía comenzar una época para la cual no estaba preparado, temiendo hacer zozobrar la nave, si él continuaba como piloto.

¿ Quién ha olvidado, si vivió en aquellos tiempos de ardorosa lucha, al lanzarse Buenos Aires y la República en los senderos que abria la batalla de Caseros ? ¿ Quién ha olvidado la actitud de Juan Carlos Gomez en la prensa, levantando en alto la bandera del antiguo partido liberal, con las tradiciones de la Revolucion de Mayo, dando á las cosas su nombre, y puesto que le llamaban unitario para deprimirlo bajo la capa todavía gruesa de escorias políticas que dejaba la derrocada tiranía, *unitario* lo proclamó, llamando al pueblo á las urnas con aquel nombre evocado, y haciendo triunfar las ideas que había fecundado la emigracion ?

Lo que ahora le hacia abandonar su puesto en la prensa, era que veia venir, como la tempestad en los

mares, la invasion del materialismo que se apodera de los ánimos despues de obtenidos los primeros triunfos de la paz—"ahuyentando, decia él no hace un año en las páginas de un album—con el progreso y devorante afan de las riquezas que el camino de hierro engendra, las apacibles costumbres y las generosas ambiciones de la vida infantil de los pueblos, de esa vida casi de la naturaleza que tanto echamos de méno entre las magnificencias de la civilizacion".

Gomez ha muerto el 25 de Mayo de 1884, ayer no más, pero hace ya años que se venía extinguiendo moral y físicamente con aquel cambio de atmósfera política que denunciaba al dejar *El Nacional*, como se están extinguiendo las familias nobiliarias de las islas del Pacífico al entrar en la vida civilizada, ó desaparecen las naciones indígenas de Norte América, desde que la cultura ha reclamado el suelo que cubrian los bosques y disminuido el oxígeno que los árboles abandonan á la atmósfera.

La índole de Gomez no estaba preparada para este cambio de medio ambiente, y vino debilitándose, entrisciéndose, y perdiendo todo impulso, hasta dejarse morir.

Lo estamos viendo! Esacaso la primera vez que en un cementerio argentino, porque en los orientales ocurrió muchas veces,—hombres públicos argentinos y orientales se ven expresamente reunidos para tributar el último homenaje á la memoria de un muerto, movidos por el mismo sentimiento, el patriotismo. ¿Tenia dos patrias acaso Gomez? No: tenia una sola, é indivisible en su corazon, no obstante que el majestuoso Rio de la Plata corre de por medio.

Gomez no suscribió al tratado que hizo de la Banda Oriental del Rio de la Plata, una Nación distinta de la Banda Occidental, como Vasquez, como Paunero, Rivas y tantos otros; aunque los últimos se inclinasen más á este lado que hacia aquel.

Gomez ha vivido y muerto protestando contra la suerte de las batallas, y desde que el tiempo ha cicatrizado la ruptura, se hizo para sí mismo imposible la vida pública, no obstante que sus hábitos de pensar lo mantenian por las ideas liberales en el seno de nuestra sociedad, participando más de sus sinsabores que de sus felicidades.

Es muy honorable para los próceres del Uruguay haber solicitado llevarse sus restos, como los de un compatriota; pero será uno de los timbres gloriosos que acompañarán la memoria de este virtuoso ciudadano, el hecho innegable de que dos Repúblicas se han honrado con llamarle suyo, sin contar con las simpatías que conserva en Chile, donde su reputacion se mantiene entre los que aman las letras, los principios y la moralidad política; porque, señores, estas manifestaciones de la estimacion pública que dormía no há mucho, y se despierta á la presencia ó de un individuo ó de la muerte, cuando provienen de la parte pensadora, son el tributo que en las épocas de depresion moral paga el pueblo al conjunto de virtudes cívicas de sus prohombres: Gomez muerto en la pobreza ha despertado á ámbas márgenes del Rio la memoria de la elevacion caballeresca de sus sentimientos, de sus sacrificios sin ostentacion, de su no enriquecerse, como se lo decia á uno de sus amigos la víspera de morir, cuando era tan fácil hacerlo.

¡Bella condicion del espíritu humano que hace perdonar tantos errores y flaquezas á los pueblos! El culto á la virtud, al desinterés, al patriotismo, es más ferviente á medida que más escasean en la práctica; y cuando en torno de la modesta tumba de Juan Carlos Gomez, el desvalido, el amigo pobre, alejado del gobierno y aun de la prensa, vemos reunida la juventud de dos naciones, los representantes de sus letras, de sus diarios, de su pensamiento, y aun de su manera de sentir, debemos congratularnos reciprocamente los de esta y los de

la otra orilla del Rio, de tener parte en esta manifestacion de la opinion pública, que honra así la virtud en el que muere, para que la generacion presente no crea que el silencio es el asentimiento, cuando los buenos enmudecen ante el ejemplo triunfante del mal.

Ha llegado hasta aquí el grato deber que me impone la eleccion de los ciudadanos que ocupan el lugar que Gomez dejó en la prensa diaria.

Permitidme añadir algun concepto personal de mi parte.

Hemos militado ambos bajo la misma bandera cuarenta años, de uno y otro lado de los Andes. En Chile sostuvimos la política que construye, organiza y educa, sin levantar tiranuelos, sin abrir las puertas á la innata anarquía. Cuarenta años despues he vuelto á Chile y recibido de aquellos mismos á quienes combatíamos el abrazo de bienvenida con recuerdos para Gomez.

En Buenos Aires, caido Rosas, blandíamos *El Nacional* y los *Debates* para mantener la victoria de Caseros en sus justos límites, la nacionalidad de un lado, la libertad constitucional del otro, y triunfamos.

Sabeis cuándo, y en qué defensa fué derrotado Gomez, que tomaba, como él lo dijo, mi pluma en *El Nacional*. Preludiaba ya la época cartaginense, el desborde de la riqueza misma cuyas fuentes por tanto tiempo cegadas habíamos escavado y hecho brotar á la superficie, y la invasion fué tan violenta, tan irresistible que hubo de quitarse de por delante, temeroso de ser arrastrado por sus hondas; pero, ay! el torrente se abrió nuevos y más hondos canales, y aquella tierra en que había crecido y arraigádose el espíritu de Gomez, fué poco á poco quedando en seco, y el árbol del que emanaba como un perfume el pundonor caballeresco, la lealtad á los principios fundamentales, fué decayendo, perdiendo la lozanía y verdor hasta que dejó el 25 de Mayo de circular la vivificante sávia.

Era imposible la última campaña que emprendió, y ha

muerto á consecuencia del triunfo de las ideas opuestas. No le quedaba posicion ni funciones en el drama que principió entonces. En sus últimos dias ha podido repetir las palabras de J. J. Rousseau, con que cuarenta años antes enviaaba á J. M. Gutierrez, los cuentos fantásticos de Hoffman:

—Je voudrais vous en envoyer davantage, mais tout est si cher ici, et surtout le pain!

Para Don Juan Carlos Gomez en los últimos dias de su vida, en medio de la prosperidad de Buenos Aires, el pan era tan caro como en 1846, en el destierro voluntario de Chile.

Otros le seguirán en ese lento descenso á la oscuridad y á la tumba; pero más felices que Belgrano, cuya muerte ignoraron los diarios del dia, al extinguirse uno de esos que fueron los grandes luminares en las épocas tembrosas, por lo menos al dar su último destello los presentes se aperciben de que se apagó.

En cuanto á la quimera que se atribuye á Gomez de querer restablecer la antigua, natural y necesaria union de ámbas márgenes del Plata, tended la vista al rededor de este modesto sepulcro, y preguntadle á cada prócer, á cada diarista, á cada académico, de qué lado del Rio han nacido y en este momento, al rededor de la tumba de Gomez os confesará que la quimera si la aleja la política y la historia, la llama y acaricia el corazon de los patriotas de ámbos lados del Rio.

Id en paz, amigo, con vuestra noble y santa quimera. Aquí quedamos otros con la nuestra.

DR. GONZALO RAMIREZ

SEÑORES:

HE venido desde las riberas de mi desgraciada pátria á rendir el culto de mi alma al ilustre muerto que no conocí en vida, pero que adoré siempre en espíritu. El General Mitre nos ha dicho que debíamos erigirle una estatua fundida con los tipos de las imprentas de ambas riberas del Plata. Yo agregaré que en el pedestal de esa estatua debe grabarse aquel epitafio que Lord Byron echaba de ménos sobre la tumba del General Marceau. "Sus enemigos lo respetaban, sus amigos lo adoraban—todos lo lloran" Y ahora permitidme que hable á sus manos en esa lengua del poeta que él sabia hacer vibrar con acentos inmortales:

Aquí, sobre la tumba del proscrito,
Rindamos homenaje á su grandeza,
Respetemos su cívica firmeza;
Murió en tierra extranjera... ¡estaba escrito!

Recojamos el lábaro bendito
Que alzará con estóica fortaleza,

— 11 —

Absorto en la vision de lo infinito
Descansa el luchador, su gloria empieza.

Ni en la hora final de la partida
Amargaron su fé los desengaños,
Y abandona las playas de la vida
Con el amor de propios y de extraños,
Fuerte, sereno, con la frente erguida,
Sublime soñador de sesenta años.

DR. LUCIO V. LOPEZ

LA MUERTE de Juan Carlos Gomez nos trae á la memoria la vida de una generacion entera: la generacion que entró á la vida pública y literaria leyendo los libros de Guizot, oyendo las lecciones de Villemain é imitando á los grandes poetas del año 30.

Niños, nosotros los hemos alcanzado jóvenes casi, viviendo aún la vida de las revoluciones, agitados todavía por la gigantesca batalla literaria contra los filisteos, discutiendo á los santsimonianos, repitiendo las meditaciones de Lamartine, las odas de Hugo, las noches y los proverbios de Musset, la Teresa y el Antony de Dumas y pasando todos bajo el intenso rasgo del lápiz de Gavarni.

¡Qué aurora la de este siglo XIX !

Hace muy poco que pedíamos á Juan Carlos Gomez que nos escribiera con ese terso y elegantísimo período de su frase sus memorias políticas y literarias. ¡Qué ocupaciones burguesas de nuestra índole, hubiera dejado volar su pluma á través de treinta años de su vida violenta y fragorosa como las borrascas de la pampa !

— Su puesto en esa legión le dá la fisonomía poética y marcial de Macías ó la gallarda apostura de Athos,

— 13 —

el más completo de los mosqueteros, porque el tipo moral de Juan Carlos Gomez era tan perfecto, que la pluma no lo puede modelar con el realismo desnudo de la historia, sino con el prestigio romanesco de la novela. Tan gallarda, tan pura y tan poética era su alma perfecta de puritano !

Era un romántico como lo era Juan Maria Gutierrez, á pesar de sus veleidades clásicas y castizas, y como lo fué don Miguel Cané. En su pendon literario llevaba escritas las décimas de Echeverria, la despedida melancólica de Balcarce y los lujosos alejandrinos de Mármol. Eran los cantos de su juventud, esos mismos que nosotros hemos oido caer niños del lábio de nuestras madres en el epílogo del largo destierro.

No era posible verlo y oirlo sin amarlo. Sobre su frente se cernía la nube de una inmensa tristeza; de alma pura como la de un ateniense, vió derrumbarse su ideal, y como el artista antiguo, prefirió destrozar por su propia mano la columna corintia ántes de entregar su noble tronco para sustentar la fábrica bizantina.

¡ Noble y honrado artista !

Tenia en su pluma la nota aristocrática del estilo, la forma esbelta y clara á la manera de Gutierrez, vengadora y vibrante en la batalla, como un yambo de Barbier, ática y limpida en la tregua como un período de Vigny.

Ahí está su huella en *El Nacional* de 1879 y 1880; parece abierta por un cincel de Atenas. Su frase era nítida y elegante como un joyel antiguo, y obligado á defender su vieja tienda, jamás dejó de pulir un sólo dia el dardo que lanzaba al campo del adversario.

No hay ejemplo de un periodista más cultor de la forma, y en ese rasgo, lleva el sello indeleble de su noble raza literaria.

Pero es en los recuerdos literarios de su época donde su figura descuelga con todos sus atavíos. Llega á Chile llevando como todos los argentinos el númer

de la revolucion filosófica y literaria de 1830. Es la famosa pléyade de Julio la que se reproduce en ellos en Santiago. Son Gomez y sus compañeros, adversarios ó camaradas, pero románticos y revolucionarios todos, los que escandalizan á don Andrés Bello, ese Boileau que enseñaba la retórica en récipes y que velaba como una vestal madura en el templo de la lengua. Allí tambien se encrespó contra ellos la horaña deidad de los preceptos, pero ellos voltearon el ídolo pagano en la prensa, en la cátedra y hasta en el teatro donde Casacuberta animaba los héroes novadosos del romanticismo.

Noble y generosa juventud, que en medio de las profundas tristezas del destierro caminaba bajo los rayos de las *orientales* y en la senda trazada por las sabias lecciones de Cousin.

Gutierrez, Cané, Juan Carlos Gomez, ¿quién puede ocupar su lugar á medida que han ido desapareciendo? La tumba que hoy recibe los despojos de Juan Carlos Gomez, podia llevar este epítafio:—*aquí yace el último gentil-hombre.*

En ella dormirá el eterno sueño; en la grande, en la única patria; volverá á la inmensa materia como él lo ha querido mientras que su idea marcha hacia adelante firme y segura como el ala del cisne que llevó un dia por el cielo la pluma que la trazó.

MANUEL HERRERO Y ESPINOSA

SEÑORES:

LA PRENSA de Montevideo, sin distincion de ideas políticas, ni de nacionalidades, se sintió profundamente conmovida, cuando el alambre eléctrico, con concision abrumadora, llevó hasta el alma de la patria la dolorosa nueva de la muerte del doctor Juan Carlos Gomez.

Todas las resistencias que naturalmente engendra el homenage á un ser cuya vida entera fué de combate y de gigantesca lucha, se acallaron para dejar que la personalidad del hombre de talento indiscutible, del que fué honra de las letras orientales, se levantara radiosa en la última etapa de su historia.

Es que en medio de todas las vicisitudes de nuestra azarosa vida política, á pesar de todos los contratiempos y contrastes que se han opuesto á la complicada elaboracion de nuestra nacionalidad, los orientales profesamos, como ningun pueblo, el culto por los hombres de talento que han engrandecido la patria, sobre cuyos destinos y cuya integridad no hemos dudado jamás, ni en la hora de las más acerbas desgracias.

Es ese sentimiento de admiracion grandiosa, es esa sagrada idolatría, la que ha reunido en una sola manifestacion de dolor á la prensa de Montevideo, que ha querido tener una representacion en este acto tristísimo, para depositar su ofrenda sobre la tumba del

ilustre muerto.... Y aquí estamos, mensajeros de la patria, léjos de cuyo sol y de cuyo suelo ha doblado su frente el luchador indomable, el publicista de las frases de acero, el inspirado cantor de la libertad humana, el místico poeta de las grandes melancolías.

Señores: No es éste el momento de bosquejar su vida, ni tampoco la ocasión de discutir sus ideales. La posteridad, que un poeta del norte representa alegóricamente en una mujer de hielo, sabrá depurar sus actos de político y de hombre, señalándole su puesto en las responsabilidades del porvenir.

Los que le hemos alcanzado y le conocimos en la nebulosa tarde de su existencia, cuando sólo guardaba en el alma las tristezas y las sombras que son hermanas de la soledad del corazón,—los que lo vimos destrozada ya su vieja armadura de combate y rota la lira de las cadencias heróicas, los que sólo hemos encontrado su nombre resonando en el aire con la poderosa vibración de un astro que se rompe en mil pedazos, de un algo que se aniquila, de una vida que se acaba, venimos á darle el adiós postrero en la hora de su descanso; el adiós postrero!.... al pronunciar estas palabras he creido oír un grito inmenso, que desde el lejano oriente lanza el pueblo natal que pide el derecho de guardar sus cenizas.—Es que para todos los orientales, sean cuales fueren sus ideas ó sus errores, hay tierra en qué dormir desde el Océano hasta el Cuarein y desde el Uruguay al Yaguaron.

¡Tierra argentina, tierra hospitalaria que siempre has recibido con cariño á los que llegaban á tus playas en sus orfandades políticas, guarda por breve tiempo las heladas cenizas de nuestro gran compatriota!

En el seno de la patria caben todas las disidencias—ella no distingue á unos de otros de sus hijos, sinó por la gloria que le dieron ó la virtud que practicaron:—Juan Carlos Gómez, la tierra oriental, en el porvenir te espera.

DR. JUAN CARLOS BLANCO

SEÑORES:

Yo no traigo una voz robusta y vibrante de entusiasmo, como en los días de las grandes esperanzas que inflaman el corazón y levantan la mente; sino un eco del dolor que estremece á dos pueblos y que á mí me agobia y me doblega por el culto individual, íntimo, profesado á la alta personalidad rendida, desde mis primeras dedicaciones y las primeras vislumbres de mi espíritu.

Sí, yo no soy hombre de palabra; yo no aspiro á la elocuencia para hablar del honor, de la patria, de las virtudes cívicas, después que están sellados los labios de Juan Carlos Gómez! Por eso leo estas páginas arrancadas á las agitaciones del insomnio.

Me parece á mí—que nada significo y que nada he hecho de duradero—pero que he luchado en nuestra desgarradora vida política, que he llevado á las filas de los abnegados combatientes, todo mi ardor, todo mi entusiasmo, toda la savia de mis juveniles años, me parece á mí que no puedo llamarme ciudadano ante esta tumba sin violar el respeto que inspira el ilustre muerto

y sin profanar su memoria, su ejemplo y su augusta enseñanza.

Cuánta noble altivez había en esa cabeza, siempre inspirada por los eternos principios, y hoy velada por las humanas sombras, precursoras de la inmortalidad!

Cuánto fuego en su alma, serenidad en su frente y nervio y brio y resonancia en su palabra!—La escuchó Chile, la oímos nosotros los primeros y fué esta Buenos Aires gloria la que le dió tribuna, como hoy le dá asilo al lado de sus grandes muertos!

Ah! es un sol que se extingue, es un astro que desaparece del cielo del Río de la Plata y del cielo de la América fragmentando una constelación.

Mitre y Sarmiento quedan sólos!

El whig, el iluminado, el incombustible whig de nuestras embrionarias democracias, desaparece! Así debía suceder en la gran armonía de los espíritus y de los sucesos humanos. La luz, la plena luz ya estaba difundida.

Mitre abandona el combate diario, llegada la hora de la nueva generación, y se recoje á escribir la historia.

Sarmiento, hombre de acero, que sería un canceller de hierro si en los estados que baña el Plata hubiera sólidos para cancelleres germánicos, atraviesa todavía los Andes para ver si allí se siente difundir la vida moderna y el movimiento educaciónista impreso con su genio y con su brazo.

Gómez, muere. Se anticipa al estadista, al hombre de la escuela, y, como el apóstol, como Mazzini, desaparece antes que el soldado historiador!.....

Alma estóica la suya, encarna en su vida la fórmula de Epicteto y puede inscribirse sobre su tumba la frase del poeta: "Potius mori quam foedari"—Primero morir que traicionar!

Sí, era el soñador, era el radical de todas las grandes conquistas y de las grandes causas. Allí donde había un palenque para la justicia, para el derecho, para la li-

bertad, allí descendían sus armas, pero era también un atleta del pensamiento que trajo nuevas formas y nuevas manifestaciones de la palabra á las luchas periodísticas.

Como Hugo en la poesía, como Quinet en la historia, como los revolucionarios de Mayo en la nueva idea, trajo él un nuevo lenguaje á los combates de la prensa y es ese estilo amplio, sintético, fulgurante como la luz, el que da contornos á su personalidad y circunda como una aureola la cabeza inspirada del poeta y la palabra vibrante del tribuno.

Sí, trajo nuevas formas al pensamiento escrito, y, en la austereza de su vida pública, en inmaculada honestidad, fué, al declinar de sus años, cuando sentía que las fuerzas ya le faltaban, fué como Chateaubriand, engranando sus memorias póstumas para no mendigar, á ofrecer los últimos fulgores de ese estilo inimitable, las últimas horas de su inspiración sobre la filosofía del derecho, para poder esperar decorosamente la muerte!

Maestro! modelo y ejemplo de la consecuencia perseverante, inquebrantable de la fe, en las instituciones democráticas del sagrado culto por los ideales que ennoblecen al hombre y embellecen esta misera vida terrenal, yo no os traigo sino un lamento dolorido de los orientales; yo no pude estar á vuestro lado para deciros cuánto os amamos, para ofreceros el homenaje de los hombres de mi generación; yo no os traigo sino un lamento de todos, de vuestros discípulos, de vuestros conciudadanos, un ay!...de esa patria á quien los fariseos "han puesto abigarrada de colorines como á una reina de can-can, á ella que, como la Cornelia augusta, se enorgullecía con las virtudes de sus hijos"; pero que, en día no lejano quizás, ha de volver por el lustre de su nombre y de su gloria. Entonces, os daremos la eterna despedida! Hoy huéspedes de la fraternal morada que os vió caer en su regazo, os dejamos bajo la bandera de

Mayo y os decimos jadios! hasta el suelo de la patria,
donde resuena la consoladora estrofa del poeta:

“Ni el patriotismo ni el honor han muerto:”

Hay todavía dignos ciudadanos
Al cívico deber siempre leales,
Que salvan del desden y del olvido
El glorioso nombre de orientales!

DR. ALBERTO PALOMEQUE

SEÑORES:

SINTESIS de una vida como aquella: la lucha! Sinceridad en los móviles; fuerza de voluntad inquebrantable; amor desinteresado por la justicia; pasiones vehementes en sus ataques y defensas; convicción arraigada en sus ideas; sacrificio permanente en su propaganda; grandes errores mezclados á nobles cualidades que se agigantaban al calor de una pasión generosa; invectivas, odios, afecciones, calurosas defensas y agradidas simpáticas; luz y sombra en su vida; vacío que hiela y aplausos que enardecen; gritos de una madre abandonada y sol en el horizonte iluminando la aurora de un nuevo día soñado en la primer mañana de la vida; ambiciones no realizadas y días de gloria allá en lontananza dibujados por la imaginación ardiente de un poeta; ideales, ensueños, grandezas, desencantos, valor, civismo incorruptible—todo eso señores,—sintetiza esa masa humana que desvaneció la muerte con su soplo helado y destructor, y todo eso encerrado en un carácter!

Soñó la libertad—la amó con una fe profunda; la dió

sus mejores cantos en la aurora de su vida; la hizo el culto de su existencia, y vivió creyendo en la realidad de su reinado, la incorporó á todos sus ideales—De ahí su prédica por la igualdad y fraternidad humana, inoculando su espíritu, siempre ansioso de nuevas escenas, en el numeroso grupo de asociaciones que fermentan en el seno de esta sociedad cosmopolita; los afectos humanos tuvieron sus notas armoniosas, templadas al calor de su lira siempre dispuesta á levantar el corazon hacia mayores alturas, y debido á ello que su nombre fuera repetido en las cadencias de sus poesías, porque estas revestían ese carácter popular, sentimental, sencillo y elocuente que gusta á las multitudes—al hombre del pueblo—Era su literatura fresca, varonil, espiritual, compenetrando con facilidad el alma del lector. Levantaba sentimientos poderosos.—Ese era el literato.

Arrojado á estas playas, por uno de esos vaivenes de la política, inmediatamente se incorporó á esta sociedad—Dotado de talento y de un corazon á toda pruebla, pronto el vate proscripto necesitó desplegar nuevamente las alas de su inteligencia; nueva luz á su cerebro; agitacion á su organismo inactivo; aliento á las ideas que agitaban su espíritu y expansion á su corazon.—Oráculo de esa pléyade de orientales que en 1857 y 58—arribaron á estas playas hospitalarias, dió rienda suelta á sus pasiones ardorosas, y desde ese instante pagó con creces la hospitalidad recibida;—fué codificador, fué tribuno popular, periodista infatigable, luz y derrotero de sus amigos, blanco de sus adversarios, apóstol de las ideas que predicaría, convencido de sus doctrinas y así se le vió á él y á un sinnúmero de orientales contribuir á la obra de la organización definitiva de esta República.—El en la prensa y sus hermanos

de armas en el ejército contribuían así á resolver el *desideratum* de la nacionalidad que de nuevo se incorporaba al banquete de la civilización y de la fraternidad argentina. Así pagó la hospitalidad que recibiera!

Su figura se destaca en la última época de su vida—cuando llega el momento de romper la pluma que tantas veces empuñará para predicar las doctrinas de moral y de honradez políticas.—Entonces el tribuno, el escritor que en otrora, en su juventud temprana, entonaba su épico canto á *La Libertad* y á *Figueredo*—vive en peligro la nacionalidad argentina—conculcadas las leyes—apasionados los hombres—agitándose el pendon guerrero de la lucha fraticida—el desorden, el caos, la violencia imperando en el gobierno de una sociedad culta y viril—y es en ese momento histórico que el tribuno se reconcentra—hace penitencia cual los primitivos cristianos—pide á su juventud pasada los brios de esa edad—á su pluma el brillo y la cultura—la calma á su experiencia—y á su bella inteligencia los frutos sazonados de tantos años de meditaciones y de estudios.—Así el cultor inimitable de la palabra escrita vuelve á la prensa en esa época difícil para la *patria grande*.—Todos aguardan su eco; la juventud que se había acostumbrado á admirarle por su virtud incorruptible—recojería sus ficciones apasionadas, la vejez volvería á reconocer en el hombre de la edad madura al atleta de otra época; amigos y enemigos todos recogerían sus postimeras expresiones de periodista. *El Nacional* salió á los vientos de la publicidad, y todos recordamos con qué avidez patriótica se leían aquellas páginas inspiradas en el más puro amor á las instituciones y á las leyes; no tuvo miedos en el corazon;—habló con la sinceridad característica de su alma; hirió de frente la

cuestion política que se debatía y sus facultades poderosas realizaron ese prodigo de equilibrio que todos admiraban y que á todos sorprendía. Era que su aguja de marear señalaba bien el norte de su derrotero; la ley y la Constitución. Pero, el cóndor ya se sentía fatigado—ese esfuerzo poderoso le había arrebatado sus fuerzas de otro tiempo—su espalda encorvada por el peso de tanta tarea y sacrificio, se resentía—y rompe entonces su pluma de escritor—él—el decano del periodismo—el infatigable luchador—cierra para siempre su carrera periodística en la tierra argentina. Día de luto y de dolor para el periodismo americano! Así abatió sus alas el cóndor de la prensa al sentir que sus fuerzas ya flaqueaban!

Para su patria tuvo siempre, desde el destierro una palabra de aliento. Nunca se preocupó más de ella que cuando no desempeñó puesto gubernativo. Hizo públicas con toda sinceridad y franqueza sus opiniones sobre el porvenir de aquella tierra privilegiada. La amaba. Quizá sea este el error que sus connacionales no le perdonen. Pero, hombre de convicciones tenía el valor de ellas aunque la voluntad nacional no le acompañara.....

Juan Carlos Gómez no ocupó puestos públicos; (1) no vivió en las alturas del Gobierno; no tuvo ocasión para adquirir esa influencia que se impone desde el alto asiento. Y, á pesar de todo eso, fué algo más que todos

(1) Dos meses fué Ministro de Gobierno.

esos encumbrados de la fortuna, influía decisivamente en las altas cuestiones de la política, alimentaba el fuego sagrado del patriotismo; las multitudes le seguían; su consejo era escuchado—¿Por qué? Ah! es que era un carácter y un corazón sano.

Su muerte nos enseña que sobre los bienes terrenales, sobre las fortunas colosales amasadas con el sudor del pueblo, sobre la aristocracia del dinero, hay algo superior, algo más grande, algo más seductor, algo que no muere, que vive escondido en el corazón del hombre, y que es la estela de luz de las sociedades que aspiran á levantarse sobre el nivel de lo vulgar para formar ciudadanos capaces de dar gloria y nombre á su país:—el deber cívico—el honor político—la abnegación desinteresada—el sacrificio por la patria de las ideas.—Esa es la enseñanza que nos lega—ese fué su culto—ese su ejemplo á imitar—la lucha constante, de día á día, hasta llegar al sacrificio—y caer en la jornada como buenos, con la frente alta y mirando hacia el cielo.

Por eso, este apoteósico al hombre que tuvo también sus grandes defectos puede sintetizarse en dos palabras: es la honra al deber cívico.

Si esto se llama morir, así ha muerto Juan Carlos Gómez.

DR. JOSE SIENRA Y CARRANZA

SEÑORES:

Dos días de constante agitacion moral, á que se agrega el abatimiento de un cuerpo que no atraviesa el río sin las angustias del mareo, explicarian por sí sólos mi imposibilidad de dar forma á un discurso en este acto, si no bastasen ya las dolorosas emociones del motivo que nos congrega en el recinto de la muerte.

Pero no puedo dejar de decir una palabra al ménos sobre la tumba que me ha llamado desde la otra orilla del Plata, con poderoso reclamo de dolor, de admiracion y simpatía.

Era mi amigo personal? era el amigo de las gentes de mi hogar que creció en la intimidad de los de su generacion, y cuyo nombre se ha mezclado á los recuerdos lejanos de los mios, conservados por el culto de los afectos de la infancia que hacen el tesoro de los años avanzados de la vida.

No es esa, sin embargo, la fuerza que me ha traído á este sepulcro á través de la distancia.

¿Fué mi amigo político?
No ha podido ser este el atractivo, si la amistad po-

— 43 —

lítica significa el compañerismo que se forma en los lazos del partido militante, y en el color de la divisa bajo cuya insignia jamás nos encontramos unidos.

Brevemente, trátase, señores, del prestigio de la austерidad, de la honradez inquebrantable, del talento brillante, del carácter superior, que levanta la talla de un gran ciudadano por sobre todas las disidencias y las discordias constituyéndolo objeto digno de los homenajes del respeto y de la imitacion de sus compatriotas.

Ha llegado para la República Oriental la época en que las divisiones de los antiguos partidos, importan hecho insignificante y desdeñable, delante de las supremas exigencias de una democracia que naufraga en la inmoralidad, sin otra salvacion que la que puede venir del fortalecimiento de los caractéres y del honor cívico resistiendo á las seducciones corruptoras del éxito.

El doctor don Juan Carlos Gomez muriendo en el ostracismo, ya que lo es desgraciadamente la afectuosa hospitalidad de la tierra hermana, muriendo en la miseria, ya que desgraciadamente lo es el prestado auxilio de la ajena benevolencia, dando el último aliento de su grande alma en el abandono, en tanto que en su país nadan en la abundancia y el esplendor las personalidades mediocres y recibiendo los más altos tributos de admiracion y de respeto de sus conciudadanos, y del pueblo en cuyo seno se acogió su desgracia, es el más hermoso ejemplo que puede ponerse ante los ojos de una generacion en la hora presente.

Manes del doctor Gomez, adios, hasta el dia del regreso á la patria, y de las grandes reparaciones póstumas, que deben llevar al seno de la tierra natal á toda personalidad que la enaltezca para que presida los tiempos de ventura que predijo la lira del poeta:

Yo sé que vendrá un tiempo para la patria mia
De paz y de ventura, de gloria y hermandad.

RASGOS BIOGRAFICOS
DE
JUAN CARLOS GOMEZ

EL Doctor Don Juan Carlos Gomez nació en Montevideo el 25 de Julio de 1820. En el párrafo de carta, que transcribimos á continuacion, ha trazado él las líneas principales de su biografía. " Nací el año 20, el año de las mонтонeras y de las Independencias. No había entonces nacionalidad oriental. El Estado Oriental era una provincia Argentina. Era, pues, ciudadano natural de la República Argentina. He podido hacerme reconocer tal, y calcule Vd. el camino que hubieran hecho mis ambiciones, si las hubiera abrigado desde 1852, en este ancho campo en que aspiran á la posición encumbrada y á la fortuna deslumbradora.

" Los hijos de los emigrados nacidos bajo la bandera oriental, se han hecho declarar argentinos y han sido diputados, senadores y ministros, y talvez llegue alguno á la presidencia.

" Yo preferí á esa tentacion de la montaña, correr la suerte adversa de mi provincia natal, no abandonando á la madre en sus horas de tribulaciones, sufriendo su

— 45 —

mala fortuna, zozobrando en sus naufragios, hasta encontrarme en la playa solo y aterido".

Juan Carlos Gomez fué poeta en los primeros años de su juventud, como lo son, diremos, todas las naturalezas delicadamente sensibles, en esa época en que la imaginacion y el sentimiento son la luz, el colorido, la expresion, la poesía misma, la poesía inmodulada que el hombre interpreta por medio de la rima.

Muchas de sus composiciones fueron, en esa época, bastante celebradas.

La crítica, más severa hoy, si hubiera de juzgarlas, sería sóbria de alabanzas.

Son, sin embargo, bastantes para mantener el lauro de poeta sobre esa cabeza ya encanecida, su *Canto á la libertad*, bello y elocuente himno al ideal de la democracia y sus *Gotas de llanto*, composicion en que palpita el sentimiento amoroso y tierno que la inspirara.

Con todo, la primera no está exenta de lunares y lo apuntamos simplemente, pues no entra en el propósito de estas líneas, meramente biográficas, estudiar ni analizar esta ni las otras fases bajo las cuales se revela la personalidad de Juan Carlos Gomez.

Al mismo tiempo que se dedicaba al culto de las bellas letras, el doctor Gomez seguía el estudio del Derecho en la Universidad de Montevideo.

Joven aún, sintióse con la inspiracion del apóstol y el brio del soldado; apóstol, propagó el culto de los principios de Mayo: soldado, fué uno de los héroes de la nueva Troya.

Léjos de la patria, en el destierro que pone á prueba el temple de los caractéres, en la miseria que azotó algunas veces su tienda de desterrado, como en los días de momentánea fortuna, fué siempre el mismo. Primero en el Brasil, despues en Chile, se le vió siempre en la brecha, defendiendo sus creencias, sus ideas, esas ideas que brotan de su cerebro con la lucidez de un talento brillante y marchan con la majestad de un carácter austero.



Derrocada la tiranía de Rosas, resolvió volver al seno de la patria; pero se encontraba casi en la indigencia, como la mayor parte de los hombres que corrian las vicisitudes del destierro.

El comercio de Chile, cuyos intereses había favorecido de un modo inmediato la propaganda liberal de que fué campeón en *El Mercurio*, expresó en esa ocasión su reconocimiento al ya renombrado periodista, proporcionándole los medios de realizar su viaje. El doctor Gómez no tenía ni con qué pagar el pasaje.

Después de larga ausencia, pudo así ver las playas de la patria.

Al poco tiempo de permanencia en ella, fué nombrado Ministro de Gobierno de la Administración.

La República Oriental se agitaba violentamente bajo la presión de las pasiones anárquicas que han desgarrado sus entrañas.

Se produjo un movimiento revolucionario.

El doctor Gómez fué desterrado y desde entonces fijó definitivamente su residencia en la República Argentina.

Hace siete ó ocho años, sus compatriotas, por acto espontáneo, lo eligieron para ocupar una de las bancas del Senado. El doctor Gómez rehusó terminantemente el puesto que se le designaba.

Sin este alejamiento deliberado de la vida pública la idea de la anexión de la República Oriental, de que ha sido firme y ardoroso apóstol, habría hecho un largo camino.

Aquí en la República Argentina, á cuyos destinos se ha esforzado por reanudar los de la patria nativa, es donde ha desplegado su acción, su energía, la luz y la sávia de su espíritu, en el foro como abogado y en la prensa como escritor, manteniendo siempre en perfecto equilibrio y á igual altura su carácter y su inteligencia.

Su fama como escritor, como polemista, ha salvado los límites del Plata, se ha extendido por la América y ha repercutido en Europa.

Hemos oido al General Sarmiento que recién llega de Chile, expresar la alta estimación que en la trasmunda república tienen los hombres de letras por el nombre de Juan Carlos Gómez.

El Nacional, el viejo atleta del periodismo Argentino, ha sido su tribuna. Entre otras inteligencias vigorosas que han nutrido sus hojas hoy dispersas y olvidadas se reconocería por sus proyecciones luminosas, el pensamiento exclarecido del doctor Gómez.

Si hemos de recoger las impresiones del juicio público, diríamos que es el primer escritor del Río de la Plata.

Sin concederle ni negarle esta preeminencia, pues no hemos formado sobre tal punto un juicio decisivo, creemos, sin embargo, que el doctor Gómez reúne esas dos condiciones que constituyen la excelencia del escritor: explendor en la forma, potencia en el pensamiento.

A manera de la onda sonora y brillante, que, al tocar en la playa, abre su seno para arrojar sobre ella gérmenes vivificantes, así él, va arrojando ideas por entre las ondulaciones expléndidas de su estilo.

Pero no es por la altura del talento, sino por la del carácter, que esta figura se destaca con la magestad de un tribuno de los antiguos tiempos.

Los hombres de este temple viven en lucha con su tiempo, lucha formidable, en que al fin caen vencidos, pero entonces, antes que rendirse, antes que transar, buscan en el aislamiento un refugio y levantan allí un santuario á la sombra errante y llorosa de sus ideales.

Hace apenas nueve meses, trazábamos estas líneas en un cuaderno en que tenemos en esbozo algunas de nuestras personalidades en la política y en las letras, sin sospechar que el noble tribuno, cuya voz aun se escuchaba no hace quince días en la cátedra de nuestra Universidad, predicando á la juventud los altos principios á que rindió severo culto; llegaba al término de su carrera.

Que inmensa pérdida!

En medio de este cuadro de relajacion de las virtudes cívicas, que el doctor Alcorta, en la última colacion de grados, con viril franqueza desvelaba, ante los ojos de esa juventud, los hombres como Juan Carlos Gomez, representan ese poder moral que regula y dirige la conciencia pública, que no se orienta en su rumbo por abstracciones indiscernibles, sinó por los altos ejemplos que educan y confortan.

IGNOTUS.

El Nacional.

DR. JUAN CARLOS GOMEZ

THE solemnity of yesterday's funeral—the crowd that accompanied the remains to the cemetery—the speeches of Pellegrini, Varela, Ramirez, Mitre and others over the grave—shew that Juan Carlos Gomez was a man of uncommon stamp. He was a visionary in the politics of his country (the Banda Oriental), and, like Rivadavia in the Argentine Republic, was two generations or more ahead of his time. As a writer and as a poet he aspired to a high rank in the republic of South American literature; and as a journalist, we may say, from experience, that he was unrivalled. He was indeed the Guido Görres of the River Plate, and Governments trembled when he frowned—such was the weight of his writings; and when he spoke, the bees of Hymettus appeared to have rested on his lips—such was the magic charm of his soft but convincing eloquence.

The memory of the deceased will be long cherished. He had hundreds of tried friends of all parties and nationalities. All the representative men of Buenos Aires attended the funeral yesterday. If his death is a great

loss to his country, his memory, at least, will be a lasting beacon to the generation that grew around him, admired, but failed to understand him. It is, indeed, consoling to see the great tribute of esteem and veneration paid to soaring merits, political honesty, and a long life of admirable integrity—all these were embodied in Juan Carlos Gomez.

There stood over the grave in the cemetery many of every walk in life; both high and low gathered in the farewell. There were men also of all shades of politics, but friend and foe shook hands over the grave of the mutual friend. Several hundred people listened to the funeral orations, some of which wen to the heart, and many eyes were dimmed with tears as the tender chords of feeling were touched in the eloquent retrospect of the principal moral traits of the deceased.

The Standard.

JUAN CARLOS GOMEZ

MONTEVIDEO se ha estremecido hoy ante la infiusta nueva de la muerte de uno de sus más preclaros hijos.

Mañana esa noticia será conocida hasta los límites de la República, y allí donde haya un corazón oriental se sentirán las palpitaciones del dolor por pérdida tan irreparable.

La muerte del grande y austero tribuno es en realidad una inmensa desgracia nacional.

Su vibrante palabra, sus grandes y regeneradoras ideas no se sentirán ya más infiltrarse en la sangre de su pueblo querido, para levantarla al ideal de sus destinos, calentarla en los días de sus supremas crisis.

El pindárico cantor de la libertad, el fogoso tribuno de las luchas tradicionales, el publicista que fundía en el bronce de sus ideas el molde intelectual de las nuevas generaciones, cae hoy envuelto entre las sombras del ostracismo voluntario, dirigiendo á su patria el último suspiro y á sus amigos y discípulos que lloran su muerte, el tierno adiós del filósofo moribundo.

No podemos ni debemos intentar hoy hacer una biografía del ilustre finado.

Plumas más competentes, aunque no corazones más sensibles ante esa desgracia, llevarán á cabo este simpático y cariñoso deber.

Nosotros que hemos tenido frecuente ocasión en la intimidad de su hogar, de sentirnos dominados ante la supremacía de su inteligencia y la austeridad y nobleza de sus aspiraciones y sentimientos, queremos limitarnos á dirigir á sus compatriotas una palabra de condolencia ante la inmensa pesadumbre que hoy nos embarga el ánimo á unos y otros.

El amor á la patria era en el doctor Gomez una verdadera y ferviente idolatría.

Los que durante veinte años lo hemos visto en la prensa de Buenos Aires luchar como un lidiador gigante contra los partidos urquista, federal y blanco, electrizando á aquel pueblo y al de Montevideo para una resistencia invulnerable, conocemos cuantas ocasiones ha despreciado con enérgica altivez, de ocupar allí los más importantes puestos públicos por no abandonar la querida nacionalidad, en cuya misma debilidad relativa hallaba su viril corazón mayores motivos para idolatrarla, y preferirla á todos los halagos del poder, y todos los prestigios de los más encumbrados empleos públicos.

El gran pensador tenía fe en las combinaciones políticas, creyendo que por medio de su acción y sin perder su nacionalidad ni su autonomía, podría la República asegurar definitivamente su porvenir formando parte de una gran Confederación Platense.

Ese grande error nunca pudo enrostrársele al doctor Gomez como un perjurio, ni como una repudiación del sagrado amor á la patria.

Para nosotros es y será siempre un error lo que el creía su ideal.

Ardiente partidario, verdadero heraldo y campeón del partido colorado en sus días de lucha como en sus días

de derrota, creía después de la nefasta hecatombe de Quinteros en 1857 que el triunfo del partido blanco no podía anularse sino apelando al interés egoista de un gran partido argentino, á fin de atraérselo en favor de sus amigos y lanzarlo como un fiel aliado al campo de la lucha, armado de todas sus armas y decidido á todo hasta lanzar del poder á los implacables verdugos, y alzar de su postración á las víctimas.

La historia dirá si esa abnegación del ferviente partidista puede denunciarse como un desconocimiento de ese amor á la patria que nunca brilló ni se exaltó más en el proscripto, como en los días en que más amagada se vió su patria ante la ambición ó la perfidia extraña.

El doctor Gomez ha bajado á la tumba no dejando en su austera pobreza sino el recuerdo de sus nobles virtudes, y el ejemplo de su abnegación y civismo, dedicando siempre á la patria y al partido colorado cada uno de sus pensamientos, cada una de sus aspiraciones.

La República Oriental y el partido colorado, crisol de sus más puros sentimientos, abatirán hoy su enlutada bandera ante la tumba del ilustre hijo y del inquebrantable corregional.

Que la noble tierra argentina le sea leve al apóstol de la libertad en cuyas doctrinas se ha inspirado la viril generación á que pertenecemos.

El Siglo, de Montevideo.

JUAN CARLOS GOMEZ

EL HILO telegráfico, con la celeridad de su acción, nos ha transmitido ayer una dolorosa nueva.

¡ Juan Carlos Gomez, el ilustre ciudadano, el representante genuino y más avanzado de esa generación que nos abandona, ha muerto del otro lado del Plata !

Ayer no más caía su elocuente palabra desde la cátedra y la prensa, iluminando los tortuosos senderos del derecho y la política; ayer no más el ejemplo de su vida austera, generosa, de su carácter excepcionalmente viril resonaba en el vasto escenario de ambas repúblicas hermanas! Hoy el pensamiento se ha dormido con el sueño eterno de la muerte en ese privilegiado cerebro que encaminó briosas generaciones, y la fria rigidez del no ser, se ha apoderado de ese cuerpo que alimentara los más bellos impulsos del humano.

¡ Su ciencia y su poder intelectual, las dotes del gran compatriota han descendido á la fosa á un golpe despiadado y funesto! ¡La parca con su piqueta ecualitaria ha demolido ese santuario de las más elevadas virtudes que produjera el civismo !

— 119 —

El nombre de Juan Carlos Gomez representa, para nosotros los orientales, toda una historia palpitante de recuerdos.

Iniciado en las grandes funciones del hombre público sirvió á nuestra patria multiplicadas veces con el constante esfuerzo de sus extraordinarias luces, y casi puede decirse que adelantó con su poderoso brazo el movimiento intelectual que se dibujaba débilmente en el fondo de nuestros trastornos y desequilibrios fratricidas.

El llevó al extranjero la revelación de nuestra existencia, extendió el influjo de esa política en la América libre y cultivando las múltiples facultades de su inteligencia privilegiada legó á nuestra literatura monumentos imperecederos, á nuestros fastos una página esmalizada de luminosos reflejos y en cuyos bordes la muerte acaba de depositar funeraria orla.

Las ceguiedades humanas, las exacerbaciones violentas y terribles de nuestra irregular existencia, las mezquindades y estrecheces partidarias en cuyo seno se amamantó, bebiendo quizá inconscientemente infructíferos anhelos, concitaron sobre su persona ruines rencorosas, y arrojaron á su rostro inculpaciones formidables, hijas de ese sentimiento brutal que nos dividió en el pasado y que es preciso borrar en el presente para que no se reproduzcan sus consecuencias.

Interpretadas como egoísmo, como vulgar ambición sus ideas sobre nuestra nacionalidad, ideas que no le apartaron jamás del cariño que á ella profesó, devoró con la conciencia de su sano criterio las afrentas que en todas épocas las vulgaridades amasan para asestar contra los espíritus superiores.

Con sus actos desmentía las absurdas apreciaciones del celo desmedido de sus imprudentes adversarios.

Retirado á la vecina orilla, el ilustre varón ocupaba en el corazón de los argentinos igual sitio que en el de sus mismos compatriotas: — su talento franco, sus altas prendas, que bastarán á formar una reputación europea,

advirtieron á nuestros vecinos que guardaban una prenda inestimable.

Las ciencias y las letras, la política y la moral reclamaban su valiente apoyo, y así veíamosle mezclarse, aún á despecho de su modestia y su cansancio, en la productiva labor de la inteligencia del otro lado del Plata, defendiendo con los brios de un novel adalid las conquistas del derecho contra las usurpaciones de la fuerza!

¡Quizá en su pensamiento vagaba la imagen entristecedora de nuestro laborioso desarrollo, quizá las hondas miserias de nuestros horizontes políticos tomaban consistencia allá en su cerebro patriota para atormentarle y exigirle las confesiones de una valiente protesta!

Llegado á la edad senil, Juan Carlos Gomez bajaba la montaña con la frente serena y el anhelo de los grandes ideales en el corazon !

La muerte le ha sorprendido en el esplendor de su carrera como al sol pudieran envolverle en el zénit las negras pavorosas nubes de la borrasca !

La inteligencia nacional, cuya más alta manifestacion era el gran ciudadano que nos deja, se envuelve en los fúnebres crespones de prolongado duelo.

La patria lamenta la pérdida de uno de sus más esclarecidos hijos, la América toda uno de los más fecundos y poderosos talentos.

La Tribuna Popular, de Montevideo.

JUAN CARLOS GOMEZ

ACABA DE MORIR !

No es á persona alguna de América, desconocido el nombre que sirve de epígrafe á estas líneas.

Juan Carlos Gomez—era, por la eminencia de su talento, una personalidad encarnada en la historia del foro, del periodismo y de la literatura Americana.

Espíritu nacido para las grandes luchas de la inteligencia, su campo de acción estaba en la controversia de las ideas, en la discusion de los principios, en ese apasionamiento viril y entusiasta por los ideales humanos y que caracteriza al hombre de genio y lo lleva siempre á las cumbres más altas.

Veintisiete años hace que Juan C. Gomez se alejó de la Pátria, fijando su residencia en Buenos Aires.

Allí ha pasado la mitad de su vida, descollando en el foro, en la Cátedra y en las Academias, y dejando en todas partes el sello luminoso de su talento y el recuerdo palpitante de las aclamaciones y aplausos con que se saludaron sus triunfos.

Juan Carlos Gomez, por las altas dotes de su inteli-

gencia, era una gloria que á todos los orientales enorgullecia.

Su muerte deja en el mundo de las letras un vacío muy sensible, pues con ella se eclipsa uno de sus faros más brillantes.

La prensa de Montevideo, justamente impresionada por tan infausto acontecimiento, se ha asociado unánimemente al duelo, significando á los deudos del doctor Gomez sus sentimientos por medio de un telegrama y nombrando de su seno una Comision para que la represente en las exequias fúnebres que deben hoy verificarse en Buenos Aires.

¡ Paz á los manes del doctor Gomez en la tierra, y paz tambien para su espíritu en las regiones de la inmortalidad !

—
TELEGRAMA
—

Hé aquí el dirigido, en nombre de la prensa, á los deudos del doctor Juan C. Gomez.

A los deudos del doctor don Juan Carlos Gomez.

Buenos Aires.

Ante la tumba que vá á abrirse, la prensa de Montevideo, reunida en su totalidad, rinde un homenaje de respeto al eminente publicista y literato cuya muerte enluta las dos Repúblicas del Plata.

Acojan los deudos de Juan C. Gomez esta manifesta-

ción espontánea, que, salvando todas las divisiones de los periodistas orientales y extranjeros, los identifica en un mismo sentimiento de dolor.

Cárolos Maria Ramirez y Daniel Muñoz, por *La Razon*—Clodomiro Arteaga, por *La Nación*—Leon Strauss, por *El Hilo Eléctrico*—Cárolos M. de Peña, por *Los Anales del Ateneo*—Nicanor Leguizamón, por *El Nacional*—Washington Bermudez, por *El Negro Timoteo*—Emilio Lecot, por *La Tribuna Popular*—M. Arasmendi, por *Laurak-Bat*—Juan Fleches, por *La España*—Luis Destefanis, por *L'Italia*—Jacinto Albistur, por *El Siglo*—Juan Zorrilla de San Martin, por *El Bien Pùblico*—Totó Nicotia, por *El Independiente*—Francisco Durá, por *El Telégrafo Marítimo*—José Mellado, por *La Colonia Española*—Rocha Gallo, por *A Patria*—Manuel R. Viera, por *El Correo de Portugal*—Manuel Herrera y Espinosa, por *La Revista Universitaria*—Ramon Cerdeñas, por *La Union Gallega*—José María Rossete, por *El Ferro-Carril*—Cárolos Barros, por *La Revista Forense*.

La Nación, de Montevideo.

EL DR. JUAN CARLOS GOMEZ

EL TELEGRAFO nos ha transmitido con la concision de una sorpresa, el fallecimiento de este ilustre repúblico oriental.

A fuer de adversarios leales, hay un deber de justicia en tributar el homenaje de respeto y consideracion al batallador incansable, al polemista más grande que ha contado la América, al apóstol desinteresado y abnegado de los grandes ideales que una imaginacion ardiente les diera colorido y ardor, y que un corazon pujante alentara con valentía.

Recto, severo, inflexible en sus principios, Juan C. Gomez, en el mundo de las ideas siempre será un apóstol.

En la prensa, un adalid irremplazable.

En la tribuna, una palabra de fuego ungida con el sentimiento de la severidad catoniana.

Inteligencia que gustaba cernirse en los grandes espejismos del porvenir, su tránsito por el mundo fué como el del poeta de los antiguos tiempos, que siempre vivió soñando.

— 125 —

Por eso, aunque de concepcion vasta, de erudicion clásica, de criterio potente y destellante, jamás tuvo el espíritu práctico del estadista, ni descolló como político eminente.

Las imperfecciones de la vida pública, sus errores, sus transacciones necesarias siempre le repugnaron—buscaba para la República un ideal que no se alcanzará—y que lo hizo gustar de las decepciones que minan almas del temple de la suya.

Grande en sus pasiones, fué grande en sus errores. Como hombre fué un carácter—y le tributamos homenaje.

Como ciudadano—honrado y lo exaltamos en sus virtudes.

Como apóstol de sus ideas,—severo; por eso muere en el ostracismo.

Como político—la historia lo juzgará.

Por eso, *El Nacional*, ante la tumba que se abre en la orilla opuesta para Juan C. Gomez, una de las inteli- gencias más brillantes de nuestra patria, uno de los literatos más delicados y eminentes del sentimiento americano, se inclina respetuoso ante ella, y deposita su hoja de laurel para la inmarcesible corona quelas musas uruguayas le tejerán en sus desposorios con la eternidad.

El Nacional, de Montevideo.

GIAN CARLO GOMEZ

LA MORTE

POCHE ore prima di smarrire il senso, egli parlava con quella pienezza che nelle loro parole ponevano gli stoici prima d'aprirsi le vene o trapassarsi il petto col ferro.

Fece a coloro che lo attorniavano alcune raccomandazioni riguardanti la sua morte serbando sempre inalterabile la tranquillità.

Nel mettersi a letto sapeva che non vi si alzerebbe più colle sue forze. Rispondendo alle pietose allusioni che gli si facevano riguardo ad un possibile miglioramento, disse varie volte con debole sorriso:

—Oh!.....un uomo quale io sono non fa niente senza prima pensare. So che stó per morire e non voglio illudermi.

Durante tutta la sua vita aveva combattuto la tragica ridicaggine di vestire i morti *alla moda*, seppellendoli cogli abiti che indossavano nel lavoro o nelle feste: Diceva che i morti dovevano essere acconciati con un lenzuolo e restituiti alla madre natura nello stato istesso nel quale essa li pose sulla terra.

A questo riguardo parlava sempre del sudario di Cristo, dicendo che il lenzuolo era l'involucro naturale pei cadaveri. I corpi dovevano essere lavati quindi velati da un sudario e così depositati nel seno della terra, senza racchiuderli in casse di duro legname, accioché i loro elementi si confondessero sollecitamente col gran tutto.

E questi suoi pensieri li ripeté ancora una volta prima di morire e li ha lasciati scritti nel suo testamento. Queste disposizioni non poterono però adempirsi che in parte e l'estrema volontà del defunto non si esaudì.

Raccomandó che il suo cadavere lo collocassero in una bara semplice, di pino, e che non lo racchiudessero in un sepolcro, ma bensí in una fossa aperta nella terra.

Questo medesimo desiderio ch'egli ricorda nella sua agonia, Gian Carlo Gomez, lo aveva espresso già molti anni innanzi nei suoi versi.

Mentr'egli favellava con calma tranquilla, coloro che lo attorniavano piange vano in silenzio, versando lacrime di dolore e d'angoscia, ed egli esortavali a rasciugare con una serenità che di minuto in minuto transfigurava la sua fisionomia fino ad infonderle lo aspetto di una statua antica.

Nello accomiatarsi dai suoi comprendevasi che egli riandava rapidamente col pensiero tutte le azioni della sua vita, e che rinvigorito dal ricordo della sua fermezza di carattere, provava vero piacere nel continuare in quel momento supremo.

Si aggravò repentinamente, mancandogli il pensiero e la voce per prolungare quelle conversazioni proprie di uno spirito sereno, ritemprato nelle credenze di una fermissima filosofia.

La sua agonia cominciò colla perdita del conoscimento, ad ore 2 1/2 pom. del sabbato scorso.

Piccola e modesta era la camera nella quale trovavasi. Dai due lati del letto eravai un guardaroba con specchio; la luce penetrava debole e velata; le imposte delle finestre prospicienti sul cortile, erano state chiuse.

Il moribondo giaceva quasi attraversato, su di un letto di ebano; la bella testa riposava su vari guanciali, gli occhi erano fisi al soffitto, vitrei, ma pieni di luce.

La morte lo fece attendere a lungo e quando essa giunse trovò pronto' quello spirto lucido e virile che i suoi contemporanei hanno cotanto ammirato.....

A ore 10 e 8 minuti ant. di Domenica 25, il corpo di Gian Carlo Gomez rimase immobile, rigido.

Tutto era finito.

Così morì quest'uomo de idee elevate e ardite che seppe fare rispettare in vita, praticandole e difendendole con nobile fierezza.

Aveva 64 anni ed è morto povero, quasi nella indigenza malgrado le brillanti qualità che come uomo pubblico e come cittadino, lo adornavano.

Le onoranze funebri che le Città del Plata hanno reso ieri in Buenos Aires, a Gian Carlo Gomez, riuscirono grandiose, commoventi, imponentissime, prendendovi parte ogni ordine di cittadini, anzi la popolazione in massa, si nazionale che straniera, dai primi magistrati, all'ultimo operaio.

Il feretro trovavasi nel salone della casa abitata dalla figlia dello illustre estinto.

La cassa, in ferro fuso, era coperta da un cristallo che permetteva vedere le fattezze del morto.

Le fiaccole illuminavano mestamente quel quadro doloroso e un drappo nero, senza ornamento alcuno, ne aumentava la solennità.

Per volontà espresa del defunto, il cadavere non fu imbalsamato.

La casa mortuaria fu fatta meta di un imponente pellegrinaggio di persone addolorate, che si recavano a ren-

dere l'estremo tributo d'affetto e di venerazione a quel Grande che non è più.

Tutti vestivano a gramaglie.

La città intera aveva un aspetto di luto, che infondeva tristezza.

**

Il trasporto funebre fino al cimitero riuscì grandioso; immensa la folla acorsavi; moltissime vetture; il carro funebre era coperto di corone votive.

Sul feretro, in cimitero, parlarono il generale Sarmiento, il Dr. Herrera y Espinosa e altri in mezzo alla generale commozione.

Ieri sera ci venne in proposito comunicato il seguente telegramma:

Carlos Maria Ramirez.

A JACINTO ALBISTUR.

Buenos Aires

Imprenta de *El Siglo*—Montevideo.

Otros darán los detalles del acto.

Debemos estar gratos á la manifestacion del pueblo argentino dignamente representado por la palabra eloquente de dos de sus ex-presidentes históricos y orgullosos de este homenaje unánime tributado por los orientales á la memoria honrada de Juan Carlos Gomez.

Puedo tambien asegurarle que el doctor Herrero y Espinosa estuvo admirable al hablar en representacion de la prensa de Montevideo.

Comunique este telegrama á todos los colegas.

L'Italia, de Montevideo

JUAN CARLOS GOMEZ

LOS CIUDADANOS orientales, los extranjeros amantes de las letras y de los grandes caractéres, tienen que llorar hoy la pérdida de un hombre ilustre.

El doctor don Juan Carlos Gomez, uno de los primeros publicistas de América, ha fallecido ayer en Buenos Aires, á la edad de 64 años.

Desde el año 57 se encontraba el doctor Gomez emigrado en la ciudad en que ha exhalado el último suspiro.

La España, al llevar al conocimiento del público tan triste nueva, expresa su profundísimo dolor por el fallecimiento de una personalidad que ocupaba un puesto eminente en la república de las letras, y que poseía la rarísima virtud de ser consecuente con sus ideas y tenaz con sus propósitos.

Creemos que toda la población de la República participará del mismo sentimiento.

Ahora, hé ahí las noticias que hemos recojido respecto á las manifestaciones que tratan de llevarse á cabo, en honor de la memoria del doctor don Juan Carlos Gomez.

— 131 —

En el acto de la colacion pública de grados que ayer tuvo lugar en el teatro Cibils, el doctor don José Pedro Ramirez, Rector de la Universidad Mayor de la República, pronunció las siguientes palabras:

"Me había propuesto cerrar este acto, como es de práctica con un discurso académico preparado en el silencio y en el retiro, con la mente tranquila y el espíritu exaltado por la grata significacion de esta fiesta, pero ha querido la casualidad que el alambre eléctrico haya hecho llegar hasta mí en este mismo momento, una infaus- ta nueva que me abruma de dolor y que embarga mi pa- labra.

Miéndras escuchaba las reminiscencias tan conmoveradoras del doctor De Maria, de un gran hombre de bien, leian mis ojos arrasados en lágrimas este telegrama que comunica la muerte de otro gran hombre de bien, que nos toca más de cerca á los ciudadanos orientales:

"El eminent publicista, el apóstol de toda una generación, Juan Carlos Gomez, acaba de morir. Es necesario que sobre su tumba se haga oír la voz de sus discípulos."

La mia señores, muere en mis labios bajo una indecible impresion de sorpresa y de dolor, y apénas puedo decir á los jóvenes graduandos como síntesis de las exhortaciones que han escuchado de sus padrinos que tomen ejemplo en esa gloriosa tumba y se inspiren en la probidad, en la abnegacion, en la altanería cívica de ese gran ciudadano".

Tan dolorosa; tan profunda fué la impresion que esta noticia produjo en el ánimo de la distinguida concurrencia que llenaba el teatro Cibils, que á la palabra del doctor Ramirez se sucedió un siniestro silencio, retirándose todos vivamente conmovidos.

Desde ese instante no se ha hablado de otra cosa en los círculos sociales.

Cuando la noticia llegó hasta el doctor don Pedro Bustamante, este sufrió un ligero accidente, tal fué la emoción que en su espíritu causó la infiusta nueva.

El doctor Bustamante estaba ligado al doctor Gomez por los más estrechos lazos de amistad y por la analogía de ideas y propósitos políticos.

No es extraño, pues, que al recibir la noticia de la muerte de este, el doctor Bustamante sintiérase hasta tal punto conmovido.

Igual impresión recibió el señor don José M. Muñoz.

La España, de Montevideo.

JUAN CARLOS GOMEZ

AVANT HIER, au moment où la fête universitaire touchait à sa fin, au théâtre Cibils, M. le docteur José P. Ramirez, recteur, recevait un télégramme de Buenos Aires annonçant la mort de Juan C. Gomez. La séance a été immédiatement levée sur cette triste nouvelle.

Une réunion a dû avoir lieu hier au *Siglo* pour déléguer une commission chargée de représenter aux funérailles la presse de Montevideo. Il est probable que l'Université, l'Athénée et toutes les sociétés littéraires enverront leur délégation.

Nous nous découvrons avec respect devant cette tombe qui se ferme sur un des publicistes les plus éminents du continent Sud Américain, sur un homme qui joignit à un talent hors ligne une austérité de principes, une fermeté de caractère qui en imposaient à ses adversaires et à toute une génération.

Juan Carlos Gomez était une de ces natures d'élite, façonnées à l'antique, dont le moule semble s'être brisé.

La France, de Montevideo.

JUAN CARLOS GOMEZ

ACABA de fallecer en Buenos Aires, donde residia en voluntario ostracismo desde hace muchos años, el distinguido literato y periodista oriental doctor don Juan Carlos Gomez.

Ante su sepulcro recien abierto, desaparecen las radicales divergencias de principios que nos separaban del ilustre muerto.

Si el arrojar flores ó lágrimas sobre el sepulcro de un amigo consuela á las almas en sus ternuras, el arrojarlas sobre el de un adversario satisface á los espíritus en sus noblezas.

Cumplimos, pues, con el deber de inclinarnos con religioso respeto ante la tumba del doctor Gomez.

Su inesperada muerte ha llenado de luto á sus numerosos amigos y correligionarios en ambas márgenes del Plata: nos asociamos á ese luto, como tributo rendido á la inteligencia que acaban de perder las letras nacionales.

Como periodistas, concurrimos ayer á la reunion á que fuimos invitados para rendir homenaje de duelo al periodista extinto.

Más simpático nos es aún su recuerdo como literato. Juan Carlos Gomez era un poeta, un gran poeta. Colocamos una guirnalda del corazon sobre su lira muda.

Como cristianos ¡oh! como cristianos nuestro duelo es intimo y sin limitaciones; la fe no hace distinciones pura orar y llorar por los fieles muertos.

Nosotros pedimos á nuestros lectores para el ilustre hombre de letras que acaba de bajar al sepulcro, el más hermoso y el más eficaz de los tributos por los muertos: la plegaria cristiana por el descanso eterno de su alma.

Reine la paz en el sepulcro del doctor don Juan Carlos Gomez.

El Bien Pùblico, de Montevideo.

ENTERRO

DEL DR. JUAN CARLOS GOMEZ

ALAS 12 del dia, la calle de la casa mortuoria está cubierta de concurrentes en toda la cuadra.

En ese momento llega la comitiva de orientales, que entran, desfilando, por el frente del féretro cubierto de coronas.

Cada uno de ellos se detiene y contempla con cariño la fisonomía pálida, de Juan Carlos Gomez, en que ya no brilla esa mirada que le daba la expresion infinita del ideal.

Al aproximarse don Pedro Bustamante, no ha podido dominar su emocion: cae llorando sobre un sofá.

Las lágrimas humedecen los ojos de muchos orientales.

A las 12 1/4 llegaron Mitre, Sarmiento, Vicente Fidel Lopez y otros viejos amigos de Juan Carlos Gomez.

Un momento despues el cortejo se pone en marcha, llevándose á pulso el féretro durante un largo trayecto.

Toda la sociedad de Buenos Aires representada por sus diversas clases, la Administracion, el Foro, el Parlamento, el Comercio, la Universidad, los Centros Jurídicos

— 137 —

cos las Asociaciones Liberales, se encuentran representadas en el numerosísimo y brillante acompañamiento. Todos los nombres llenarian dos columnas de *El Nacional*.

PARTIDA DEL CORTEJO

A las 12 p. m. púsose en marcha el cortejo fúnebre. Abria la marcha un coche lleno de coronas, seguía más atrás el fúnebre con el féretro y en seguida el duelo formado por las siguientes personas:

— Franck S. Livingston — Luis Gomez — Ernesto Gomez — Federico Rodriguez — Dr. B. A. Jardim — Dr. Maria Varela — Dr. F. Ortega.

Más atrás caminaban los caballeros orientales que hoy llegaron de la vecina orilla.

En seguida el Club Liberal, Centro Jurídico, Facultad de Derecho, id. de Medicina, Departamento de Ingenieros y Centro Gallego.

Despues 200 personas á pie, todas conocidas. Cerraban la marcha 200 carruajes. El fúnebre había llegado por Perú á Alsina y aún el resto de los coches no podía partir de la casa mortuoria.

El Nacional, de Buenos Aires.

EN EL CEMENTERIO

Si el malogrado doctor Gomez hubiera vuelto á la vida en los instantes en que dos generaciones hermanas se congregaban al borde de su tumba para hacer el apoteosis de su existencia querida, hubiera palpado toda la justicia de sus actos, todo el patriotismo de sus intenciones, todo el valor cívico de sus ideas, y toda la honradez de su doctrina política, juzgados imparcialmente con el calor cívico que inspira el patriotismo y el desinterés de sus amigos y compatriotas.

La palabra austera del General Mitre, la doctrina póstuma de Sarmiento, la frase viril y atrayente de Juan Carlos Blanco, la ovacion póstera que brota de los labios del viejo amigo Mariano Varela, y los votos todos de esa generación patriota de la República Oriental, forman las hojas de la corona fúnebre, colocada por la mano de la multitud, sobre la frente helada del gran publicista de las Repúblicas Argentina y Oriental.

Han rendido un justo homenaje al ilustre muerto.

La Tribuna, de Buenos Aires.

A LA ULTIMA MORADA

A LAS 12 en punto de hoy la casa del doctor Juan C. Gomez, era el punto de reunión de una inmensa concurrencia que acudía con el objeto de acompañar á la última morada, los restos queridos del ilustre muerto.

Todo lo que hay de distinguido en esta gran capital tanto en el foro, las aulas de varias facultades, congregaciones civiles, artes, ciencias, literatura y música, estaba allí reunido, para dar la despedida al que tantas amó y supo respetar.

Por su parte, los Orientales han concurrido del mismo modo: representantes de la prensa, del foro y de varias asociaciones de aquella capital, patria querida del gran publicista.

El convoy fúnebre ocupaba ocho cuadras, yendo á la cabeza de él, una columna compacta de ciento cincuenta personas, ocupando su frente, los deudos del finado, los doctores Montes de Oca y Ortega, que atendieron la enfermedad del doctor Gomez, sus parientes, el doctor Mariano Varela, amigo antiguo y querido del doctor Gomez, el doctor Jardim y otros.

Seguian á estos los compatriotas orientales, entre los que citaremos á los señores doctores Herrera y Obes, Muñoz, C. M. Ramirez, Daniel Muñoz, Magariños Cervantes, Melian Lafinur, doctor Blanco y varios otros, amigos unos, compatriotas todos del doctor Gomez.

Luego iban en órden de ocho en fondo los miembros de la Facultad de Derecho, sus principales estudiantes los estudiantes de la Facultad de Medicina, los miembros del Centro Jurídico ó estudiantes de la Universidad y del Colegio Nacional, representantes de la Prensa de ámbas orillas, y cerrando la columna, el Club Liberal de que el doctor Gomez fué Presidente *Ad honorem*.

A esta gran masa seguia una gran cantidad de pueblo.

Todos á pié.

La demás concurrencia iba en doscientos carroajes, que marchaban penosamente por la calle Perú.

Es incalculable la cantidad de flores y coronas que se habian recibido en la casa del finado, yendo todas en dos ó tres carroajes que marchaban delante del fúnebre.

La Tribuna, de Buenos Aires.

JUAN CARLOS

LA muerte de Juan Carlos, para mí inesperada, me ha producido un dolor agudo al corazon. No es por cierto la noble vida brillante del publicista, el lejano fulgor del poeta de mi infancia, no es por cierto la faz histórica del hombre lo que primero se ha presentado á mi memoria. Es la personalidad moral, tan atrayente y curiosa, tan anacrónica como creo no encontraré otra sobre la tierra. Era un foco irradiante de simpatía y su imperio sobre los espíritus juveniles no tenía límite.

Para los hombres de mi generacion y aún para aquellos de la que, venida inmediatamente despues, empieza ya á confundirse con la nuestra, Juan Carlos fué, hasta hace quince años, el tipo soñado, acariciado como una aspiración por la fantasía inquieta del adolescente. Lo veíamos pasar con su figura elegante y distinguida, su fisonomía acentuada, su bella cabellera, que quedaba sobre su frente como el pabellon de su juventud constante, su pie de patrício, la cómoda soltura de sus maneras y lo seguíamos en la calle, en los paseos, en el teatro, con los ojos ávidos con que mirábamos al Ge-

neral Mitre en 1860 y á Sarmiento desde que nacimos. ¿Nos dábamos cuenta entonces de la personalidad política de Gómez? ¿Sabíamos á punto fijo su acción en el tumultuoso caos de nuestra organización, su parte en las luchas por la libertad, su influencia en el periodismo del Río de la Plata? Teníamos conciencia de algo vago á ese respecto, pero la idolatría venía del tipo y de las anécdotas fabulosas que á él se referían. Su vida de destierro se nos presentaba como una odisea de pasiones profundas, frenéticas, y el hombre como un Antony en carne y hueso, que aun se movía viril y elegante ante nuestros ojos. No era la credulidad de nuestra imaginación sino el deseo insaciable de constatar en la vida la realidad de nuestros sueños, como una promesa para el porvenir, lo que nos hacia alejar toda duda sobre la verdad de la accidentada vida de Juan Carlos. Leíamos sus versos con entusiasmo, vivíamos al ritmo fácil y juvenil de sus alejandrinos, cuando nos contaba como había entrevisto la libertad en las ardientes horas de la juventud. La metáfora se convertía en biografía, lo veíamos materialmente pugnando por llegar al puerto, por pisar la orilla, por llevar honores al templo de la patria. Arrojado de suelo en suelo, de las costas del Brasil á las que baña el Pacífico, siempre erguido, elocuente, inspirado, encontrando siempre, como los caballeros cristianos, la hija de un príncipe árabe para endulzar las largas horas de su cautiverio. Esa aureola de imperio fatal es irresistible sobre las mujeres con que nos aparecía, le daba más importancia á nuestros ojos que mil triunfos militares ó veinte ascensiones á las cumbres del poder humano.

Un poco más tarde, el periodista. Cuando hacia una aparición en el campo donde empezábamos á ensayar nuestras fuerzas, era con misterioso recogimiento, mezcla de curiosidad y de respeto que leíamos sus primeros artículos. Una impresión indefinible de sorpresa, diría de rareza y por fin de entusiasmo comunicativo, nos gana-

ba. Imbuidos en otras ideas, en otra atmósfera, que aquella en que vivía Juan Carlos, como si en su juventud hubiera aspirado aire suficiente para su vida entera, teniendo un ideal literario tan distinto al suyo ya, parecíanos en verdad, ridícula esa fogosidad desbordante, esa frase incandescente, tribunicia, mezcla de la vieja declamación romana y de imprecación girondina. Pequeños escépticos, creíamos ver allí la factura á frio, la exaltación de los flancos exhaustos para parir ideas entre el turbulento avanzar de una prosa Sínáica. Pero pronto cedíamos al calor que empezaba á ganar el oído por la armonía, el espíritu por la nobleza moral que allí vibraba y el alma entera por la sinceridad que todo lo cubría como una túnica blanca é inmaculada.

Era simplemente el viejo ideal de nuestros padres que hacia su aparición en nuestro mundo positivo. Las cosas que Juan Carlos decía, por las que se habían hecho matar generaciones enteras, nos tocaban medianamente, no por degradación moral, sino por la conciencia definitiva que las barbaridades del pasado, la tiranía, el destierro, las hecatombes no se reproducirían ya en nuestra tierra. Juan Carlos había vivido entre ellas y los versos de Echeyverría y Márquez, que nosotros recibíamos como trozos literarios; sonaban en sus oídos como los mitos de la Helada en los de los adolescentes griegos que marchaban en los bosques con el alma temblorosa en el ánsea secreta de encontrar una ninfa saliendo de una gruta ó una orgía de dioses en el clarear de una selva. Había vivido esa vida y la sabía posible. Por eso su palabra tenía siempre algo de sacerdotal y profética, vibrando en una convicción que es raro encontrar en nuestros días en ningún campo intelectual.

Luego, la hidalgía constante de su vida, conocida de todos, arrojaba luz sobre su estilo. En nuestra tierra, la impersonalidad literaria no existe, no puede existir. El hombre va ligado al escritor por los millares de vínculos que han amarrado su existencia privada á la explo-

sion pública de su espíritu. Nadie puede hablar con autoridad del honor, sin tenerlo; nadie es oido, cuando llama á la lucha, si él mismo no ha luchado. Así las personalidades moralmente borradas, aun aquellas que los accidentes nos han forzado á sostener, no marchan nunca con el cortejo respetuoso que profesamos, aun los que los hemos combatido, á hombres de la altura moral de ese General Mitre que tenemos alejado del Gobierno hace veinte años y á quien saludamos en la calle como un padre de la patria.

Sí, la honestidad de la vida, eso es Juan Carlos. No la honestidad burguesa, plácida, la vida oculta y serena cantada por Horacio, la tranquila fisonomía de un burgomestre holandés, que sirvió lealmente á sus conciudadanos y entregó sus rasgos á Van Ostade para que pasáran á la posteridad en un modesto museo de provincia.

La alta y noble honestidad de la batalla, la mano armada para herir de frente, el pecho descubierto, la malicia despreciada, el respeto al derecho, el ódio de la sangre rebelde contra la opresión—Cuántos hombres guerreros han combatido y muerto por la libertad humana! Cuántos han dejado su nombre ligado á libros que son biblias para los pueblos que sufren! Y cuántas fisonomías diferentes entre ellos! Nada más lejos del tipo moral de un viejo patriota Norte Americano que Juan Carlos. Para él, el sentimiento era todo. Amaba la libertad no como un publicista severo que deduce derechos y privilegios de viejas cartas empolvadas, bills del parlamento ó reales cédulas. La amaba como se ama la juventud, la belleza, la fuerza y el valor, esas cosas, enfin, "que hacen que la vida merezca la pena de ser vivida", como me decía en aquella noche inolvidable cuando en un banquete, cien manos se tendieron estremecidas de cariño así que el viejo poeta se puso en pie. Tenía fé ciega en su guía interior; no necesitaba consultarlo, porque su corazón había latido ántes que la

reflexión dominara su espíritu; diré más, su espíritu no reflexionaba, latía. Así, para buscarle una analogía en las escuelas liberales del pasado, no es á la Inglaterra ni á su inmensa colonia que es necesario acudir; apesar de ciertos rasgos de estilo, no es tampoco en la Francia revolucionaria que se debe buscar su filiación. Le faltaba el fanatismo sombrío que hace empujar y empuja á la guillotina, Juan Carlos tenía la teoría demoledora, pero el corazón manso y perdonador. Cuántas veces en las eternas noches de discusion del Club del Progreso, de que más adelante hablaré, al llegarlos la noticia de una nueva hecatombe en la Banda Oriental, en el duro y largo martirio de ese pueblo querido y hermano, la voz de Juan Carlos tronaba, apostrofando nuestras fisonomías entristecidas. "Eso es un pueblo, lleno de vigor y sangre en las venas. Así se lucha, así se muere por la libertad."

Sus ojos chispeaban, su voz salía en un silbido estremecido, se veía la ola turbulenta de su alma subir soberbia á tomar la forma de un grito de guerra. En ese momento creía ver la lucha, la exaltación del valor, el grupo de esos nobles jóvenes orientales que caían sereños; él mismo se había avanzado con su puñal de 1830 contra un chino armado de un remington..... Más tarde venía el detalle, la muerte oscura en una asonada de un hombre joven, lleno de talento y patriotismo; los ojos del viejo poeta se impregnaban de tristeza infinita y volvía á su hogar solitario, sombrío como una tumba.

No, Juan Carlos procedía, no de Mazzini, sino de su propaganda. El hombre, cuyo carácter él se había forjado á través de sus escritos, más que conocido, era su antítesis absoluta. Juan Carlos no tenía nada de aquel misticismo sombrío de Mazzini, de esa teocracia fundamental que tan difícil hacia penetrar su pensamiento. Pero su propaganda ardiente, incansable como la de un apóstol, la época, la humillación secular de la Italia, el lado poético de la revindicación, Radesky en Milan, Sil-

vio en el Spielberg, los nefastos campos de Novara, la tristeza mortal de Fóscolo, la declamacion patriótica de Guerassi, el Papa traidor á la Italia, Nápoles en el fango borbónico, la sombra de la santa alianza pegada al viejo suelo héroico como un sudario, todo contribuia á agitar el alma italiana de Juan Carlos. Sí, el alma italiana, impregnada de renacimiento, como la de mi padre, que con tanta razon Lucio López ha recordado en esas cuatro palabras perfectas de gusto exquisito que pronunció sobre la tumba de Juan Carlos. Los amores de la juventud persisten siempre; entre todos los hombres de aquella época, Juan Carlos y mi padre fueron los artistas por excelencia. Ambos mezclados en la lucha, ambos cumpliendo su deber con la espada y con la pluma, pero poetas en el fondo procurando ver el mundo en que se agitaban, bajo el aspecto de las viejas Repúblicas Italianas en la que tambien se combatia por la vida y el honor.

En literatura, en pintura, en música; Juan Carlos era italiano. Tenia un espíritu esencialmente latino y sus lecturas modernas impregnadas de la exégesis alemana á las que se entregaba más por dignidad intelectual que por placer, no dejaban rastro profundo en él. Volvia á sus amores, á las ideas sencillamente concebidas al deber claro como la atmósfera moral que lo impregnaba, á las formas predilectas, sonoras, elocuentes, casi rítmicas. He pasado muchas noches oyendo á Juan Carlos narrarme la época juvenil desvanecida, cuya nota nos es tan difícil concebir.

Con su cultura exquisita, su urbanidad jamás desmentida, suavizaba su pensamiento íntimo cuando le era forzoso comparar las épocas. Es que para él, el mundo moderno degeneraba en ideas, en sentimientos, en altura. Con su inteligencia comprensiva, se daba bien cuenta de nuestras necesidades, de la obligacion en que estábamos de concebir la política y el manejo de los hombres, bajo leyes diversas de

aquellas que ellos habian adoptado, so pena de quedarnos rezagados.

Se limitaba á compadecernos, pero en el fondo no se persuadia.

Qué cuadros chispeantes los que solia hacerme de su vida de destierro, de las luchas de la prensa durante treinta años! Una noche me abordó en el Club; yo redactaba entonces *El Nacional*, donde él me habia precedido y en el que debia sucederme.

Habia escrito un artículo ágrio, de los que por aquellos tiempos se escapaban con frecuencia de mi pluma, como si valiera la pena irritarse la sangre y ofender á un hombre por cuestiones que han pasado cuando la tinta está fresca aún.

Juan Carlos creia que el hombre á quien atacaba era ó habia sido mi amigo, lo que, por otra parte, no era exacto.

— V. no sabe, me dijo, que yo he estado á punto de batirme con su padre?

— Con mi padre! Pues, no eran ustedes amigos de corazón?

— Lo éramos y lo fuimos siempre. Pero verá V. hasta donde lleva esta maldita pasion de la política. Yo redactaba entonces *El Nacional* el año 55 ó 56. Su padre, despues de la revolucion de Setiembre, en la que cayó envuelto casi sin comerlo ni beberlo, pues habia vuelto de Europa pocos dias ántes, siguió con lealtad á sus amigos Lopez, Gutierrez, etc., y se retiró á Montevideo, abrió su estudio de abogado y tomó la redaccion del *Comercio del Plata*, en el que, siendo muy jóven, habia hecho sus primeras armas al lado de su hermano político Florencio Varela. Hoy podemos cónfesar que el objetivo de los *urquistas* de entonces, como llamaban á Vicente F. Lopez, Juan Maria Gutierrez, su padre y tantos otros, era idéntico al nuestro, esto es, la organizacion nacional. Pero la lucha era ardiente y nosotros los impugnábamos de querer perpetuar la tiranía.

Yo escribí un artículo sobre eso, que debia tener algunas puntitas, porqué Cané me contestó con una filípica tremenda en el *Comercio*. A mi vez le soplé otra que concluía así: "Es muy fácil insultar con río por medio." Quien le dice que mi paladín toma el vapor en el acto, el famoso *Menay*; se viene á Buenos Aires y me manda una carta anunciándome la supresion del río y el mantenimiento de todo lo dicho en la otra banda? Yo, caliente nombré mis padrinos, él nombró los suyos, y muy seriamente nos hubiéramos batido, á no mediar un amigo comun (1) que, conociéndonos perfectamente, invitó á uno y otro á comer, sin que nosotros sospecháramos el encuentro. No olvidaré nunca la escena; estábamos cinco ó seis viejos amigos en la sala, cuando la puerta se abrió y apareció Cané, del brazo del anfitrion. La sorpresa de su padre fué igual á la mia, los que estaban en el secreto se echaron á reir en coro, empujándonos uno hacia otro, nos miramos un momento, leímos el cariño y no el odio en la mirada y como impulsados por algo irresistible, nos abrazamos largo y estrecho: No recuerdo una comida más alegre en mi vida; nos sentíamos tan felices de haber evitado la barbaridad, habíamos estado separados tanto tiempo, que aun hoy siento agitado el corazon, al recordar ese momento."

Yo estrechaba en silencio la mano de Juan Carlos.

No me olvido de ese incidente, porque fué precisamente la noche famosa en que me ganó.....la cuenta. Juan Carlos no jugaba jamás dinero, ni aun en los tiempos de su buena posición. Entraba como un reloj á las 11 de la noche al Club y buscaba con quien jugar la cena, á tres mil puntos, al bezigue. Nosotros preferíamos sin duda un baccará sabroso; pero comprendíamos ó más bien, nos imponíamos con placer el deber de hacerle la partida al *viejito* Gomez. Durante un mes, le gané todas las noches la cena. Como nos presentaran

(1) Creo que fué Pancho Gomez.

simultáneamente la cuenta del restaurant, se me ocurrió proponerle, que, sin mirar la cifra, la jugáramos una contra otra. Me contestó que él no jugaba nunca dinero y ménos conmigo; yo le hice un distingo teológico, puesto que uno pagaría la cuenta del otro simplemente. Aceptó, nos batimos largo tiempo y la ganó. Juan Carranza, espectador de la partida, declaró que Juan Carlos me había ganado porque los muchachos del dia no teníamos nervios ni cosa parecida. Que si con él hubiera sido! Juan Carlos lo desafió á jugar una discrecion, batió por completo á Juan Carranza, y al dia siguiente le mandó la cuenta de una elegante *veilleuse* de porcelana que, segun decía Juan Carlos, ardia en buen sitio por la noche, siempre en honor de Carranza, á quien perseguimos seis meses con la aventura....

Por qué vienen á mi memoria esos incidentes fútiles de la vida, precisamente sobre la tumba del viejo querido! Es porque en ninguna parte lo veo más bueno, más generoso, más culto que en esa vida en comun, entre la eterna discusion política, literaria, artística. El ajedrez se había convertido en la mania de su vejez. Jugaba de quince á veinte partidas por noche. "Esto me embrutece me decía. Me impide pensar." Tenia razon de buscar un refugio contra sus ideas que deben haber sido bien amargas en sus últimos tiempos. Sarmiento lo ha dicho con su cruda franqueza; como en 1846, el pan era bien caro en el hogar de Gomez en el final de su vida. Habia tenido una posición cómoda, todo lo arrastró una hora fatal en la que sacrificó cuanto tenía, por evitar sombras sobre una frente querida y digna de serlo. Luego empezó de nuevo, á los 60 años, la áspera lucha que solo se puede acometer en la juventud, abrió su estudio, allí en su casita solitaria, y esperó. No iba á misa, no se golpeaba el pecho los domingos ante los fieles congregados las testamentarias huyeron de su puerta, para ir á golpear la de aquellos estudios de media luz claustral, donde se habla en voz baja, impregnada de unción, en cu-

jos armarios las vidas de santo alternan con las pandectas y los bustos de Cuyacio con los crucifijos. Los asuntos gordos iban á los hombres políticos, á quienes el cliente desatentado atribuye una influencia sobre los jueces que felizmente y para honra de nuestra tierra, están lejos de tener y á la que, por otra parte, no pretenden. Los nombramientos de oficio? y los jóvenes? y los centenares de abogados que arroja cada año la Universidad y que necesitan vivir? Solo quedaba á Juan Carlos su vieja reputacion, su renombre de honradez. Pero el pleitista actual busca más que eso.

La pobreza, pues, dignamente llevada, sin una queja pero guardando sus hondos surcos en el alma, y en el cuerpo. Puede decirse que el único placer de Juan Carlos eran las largas horas de la noche pasadas en el Club que él prolongaba para evitar el insomnio. Allí se sacudía en medio de esas lejendarias partidas de ajedrez en las que él mantenía el campo como en un torneo, mientras que los adversarios, rendidos, se sucedían rápidamente. Luego, las discusiones. Allá en el fondo del angosto salon, un grupo de jóvenes hablaba, leia, hacia el tumultuoso ruido vibrante de los veinte años. Juan Carlos se aproximaba como atraido irresistiblemente y lanzaba su saludo clásico á la *jeunesse dorée*. Todos de pié cada uno á ofrecerle la mejor silla, á tributarle ese respetuoso cariño que él sentia y lo hacia feliz. Una idea, al pasar, levantaba un debate. Legislacion, historia, política, todo se prestaba á la esgrima. Los jóvenes flamantes, saturados aun hasta la médula de código y comentadores, con el precepto fresco en la memoria, abrian tanmaños ojos ante la argumentacion fogosa de Juan Carlos, ilógica, resuelta, utópica y le contestaban con argumentos concretos, fuertes y bien cosidos unos á otros. Nosotros los habituados á esas luchas, esperábamos tranquilos. El ardor juvenil de la palabra de Juan Carlos, su desprecio por las ideas de convencion; la maravillosa independencia poética de su espíritu, la forma magnífica

de la expresion, confundian al adversario; que al fin cedia el campo con un: "Así no se puede discutir, doctor".

Las quimeras de Juan Carlos! Cuántas veces grandes y chicos, desde el General Mitre en la famosa polémica sobre el Tratado de la Triple Alianza, hasta el último borroneador de Buenos Aires ó Montevideo, han impugnado el espíritu utópico de Juan Carlos, las ilusiones en que se nacia y cuyo advenimiento creia próximo! La gran quimera de Juan Carlos era la *patria grande*, la patria soñada, el suelo nativo libre y desenvolviéndose bajo el respeto extraño y la dignidad propia, en el seno de la familia comun. Nadie amaba más que él, la Banda Oriental, nadie lloraba lágrimas más amargas ante sus horas de ignominia y sus estériles sacrificios. Delante de esa tumba que ha sido saludada por la veneracion que solo inspira una vida intachable, ¿quién osará pensar que las ideas de Gomez en el sentido de la union de los pueblos del Plata, tenian su origen en sentimientos egoistas ó en una concepcion estrecha del amor patrio? No, Juan Carlos levantaba su espíritu sobre el amor propio irreflexivo que cifra en el hecho de la independencia el honor de la vida y su objetivo. La independencia no era para él vivir solo y tristemente, sin brillo ni utilidad, lejos del hogar paterno, entonando himnos vanos en la bohardilla estéril, sinó el desarrollo de la fuerza individual en el seno del hogar paterno, al lado de los hermanos todos, ayudándolos y siendo ayudado por ellos, sin renuncias de libertad ni abdicaciones de derecho. La patria grande, esa expresion lo decia todo en su generosa nobleza. No era una absorcion por el vecino poderoso, no una combinacion política, no la conquista á fuego y sangre; era el retorno á la vista y á la verdad de las que vivian en la oscuridad y el error. Pues qué, Buenos Aires, bajo el régimen colonial ó en los desgarramientos de la anarquía, no vivió en una independencia igual ó mayor que la provincia Oriental? No per-

sistió en su error hasta 1860? y hoy, no es la fuerza y el honor de la Nación?

"Descansa con tu quimera, viejo amigo, nosotros quedamos con la nuestra," ha dicho Sarmiento, que no es un soñador ni un artista, sinó un hombre de pensamiento que ve lejos. Corran los años y crezca nuestra esperanza, el dia más feliz de mi vida será aquel en que sea tierra argentina el pedazo de suelo en que nací, que dió albergue á mis padres en las horas de la tiranía y que salvó la dignidad de los pueblos del Plata en aquel bárbaro eclipse moral de veinte años. Más de una vez hemos aspirado con Juan Carlos por vivir hasta ver ese momento supremo, no entre el tumulto de una victoria, sinó bajo la serenidad de una fiesta fraternal. Juan Carlos me ponía la mano en el hombro, me mostraba su rostro fatigado y me decía: "V. es jóven y lo verá. Piense entonces en mí." Ha de llegar el momento, noble amigo, y hemos de ir todos á depositar una corona al pie de tu estatua hecha de ideas, segun el digno pensamiento de Mitre. Será entonces tu patria legal el suelo en que duermes, como fué tu patria de amor.

La noticia de la muerte de Juan Carlos acaba de llegarme y he trazado estas líneas como él me aconsejaba siempre que escribiera, como él escribia, dejando correr la pluma al impulso violento del espíritu.

"Si hay algo dentro, déjelo salir á borbotones. Así ruedan las cascadas, así invade la luz el espacio, así se habla de amor en la adolescencia—y porque así vienen á la vida son bellas esas cosas."

Tengo la mano inerte, pero el corazon lleno. A la distancia, en la soledad no falta un amigo comun con

quien hablar largas horas de nuestro muerto querido. Mando estas páginas escritas en el áspero instante del dolor agudo, luego más tarde, en la serena melancolía del recuerdo, cuando vuelva á la patria comun, pues tambien era la suya, iré á su tumba á darle el supremo adios.

MIGUEL CANE.

Viena, Junio 25 de 1884.

Sud América, de Buenos Aires.

